

Valentín Andrés Álvarez

*ENSAYO, NARRACIÓN
Y TEATRO*





VALENTÍN ANDRÉS ÁLVAREZ

***ENSAYO, NARRACIÓN Y
TEATRO***

Introducción y selección de
José María Martínez Cachero

COLECCIÓN OBRA FUNDAMENTAL

FUNDACION

 Banco Santander

© Herederos de Valentín Andrés Álvarez

© De esta edición, Fundación Banco Santander, 2008

© De la introducción, José María Martínez Cachero

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 534-bis del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-16950-47-8

ÍNDICE

Introducción, por José María Martínez Cachero

Bibliografía

ENSAYO

LA TEMPLANZA

NARRACIÓN

TELARAÑAS EN EL CIELO
SENTIMENTAL-DANCING
NAUFRAGIO EN LA SOMBRA

TEATRO

TARARÍ
ABELARDO Y ELOÍSA, SOCIEDAD LIMITADA

JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ CACHERO

INTRODUCCIÓN

SEMBLANZA BIOGRÁFICA DE VALENTÍN ANDRÉS ÁLVAREZ

Aquella tarde-noche de diciembre de 1965, Valentín Andrés y yo comenzamos la conversación, en su piso madrileño de la «Profesorera», hablando de la llamada generación del 27. Decía no saber a punto fijo qué contenido tenía semejante denominación y tampoco estaba seguro de que, caso de aceptarla, fuera él uno de sus integrantes como algún entrevistador ocasional había dicho; mi embarazo fue grande cuando don Valentín, haciendo el papel de alumno deseoso de saber, me pidió que, como catedrático de la asignatura, le aclarase estos extremos. Convinimos inmediatamente en que una verdadera generación es algo más, en variedad y cantidad, que un grupo de amigos, por lo que resultaba confuso reducir aquella al conjunto de poetas (solamente siete u ocho) siempre mencionados y diríase que excluyentes; hubo más poetas, desde luego menos famosos pero nunca menos dignos, y esta primera

ampliación de la nómina generacional tenía que completarse con la relativa a los cultivadores de otros géneros —narrativa, teatro, ensayo, crítica literaria—, ensanchamiento en virtud del cual (e hicimos un recuento de urgencia para comprobarlo) resultaba más del medio centenar de generacionistas, Valentín Andrés entre ellos. De aquí se pasó a examinar los posibles apoyos de una tal adscripción y entonces salieron a plaza dos nombres magistrales, Ortega y Ramón, y una institución cultural: *Revista de Occidente*, editorial y revista; a unos y a otra se consideraba vinculado en su etapa de joven escritor. De Ortega decía maravillas, que iban desde la atención a los jóvenes hasta su extensa cultura, su rigor intelectual o su precisa y lujosa retórica, más la creación de una empresa como *Revista de Occidente*, que había abierto tantas ventanas a Europa y a la modernidad y había ofrecido no pocas oportunidades a quienes comenzaban entonces su aventura profesional —él mismo se benefició más de una vez, publicando en las páginas de la revista o en las colecciones de la editorial—. Al nombre de Ortega, el director, se unía en su recuerdo el de Fernando Vela, inestimable secretario, paisano y querido amigo de don Valentín, que le llamaba el «aduanero Vela» porque Ortega, seguro de su buen criterio, le confiaba la ingrata labor de seleccionar los originales recibidos. Ramón Gómez de la Serna era otro de los grandes maestros de aquella hora distinguida en las artes y en la literatura por la irrupción de la vanguardia o espíritu de novedad y aventura, y (se

preguntaba don Valentín) ¿quién más temprano y arriesgado vanguardista entre nosotros que Ramón, guía y amigo de los jóvenes literatos, el más joven (pese a la edad) de todos ellos? Ramón (proseguía Valentín Andrés) encauzó el humorismo literario y lo sacó de la chabacanería y de lo simplemente festivo; recuerdo que en 1930 apadrinó y colaboró como uno más del grupo en el volumen colectivo *Las 7 virtudes*, donde me tocó en suerte divagar sobre la Templanza, «virtud moderadora de los instintos». Y don Valentín remataba su evocación de esos maestros lamentando que no hubieran tenido sucesores a su altura.

Metidos de lleno en el ámbito de la literatura y sabedor yo de que Valentín Andrés había dado la primera muestra pública de su vocación como escritor en la revista *Plural* (1925), revista de breve existencia (sólo tres números), obra de jóvenes entusiastas como él mismo, César A. Comet, Guillermo de Torre y Benjamín Jarnés, le pregunté por este último, llegado a Madrid tras unos años de seminarista en Zaragoza y de militar afecto al Cuerpo de Intendencia. Había sido Jarnés gran amigo suyo, llamados ambos a la *Revista de Occidente* como consecuencia de la aventura de *Plural*; contertulios en Madrid (en la Granja del Henar, por ejemplo); colaboradores en *Las 7 virtudes*, cuyo prologuista, Jarnés, le presentaba de este modo: «Amigo de jugar con los muy locos y de estudiar con los muy cuerdos. Lo mismo escribe un *Tararí* que acabará de escribir —¿cuándo?— *Los siglos de España*. [...] Es muy ducho en vestir a las abstracciones de paisano». Don Valentín le había invitado a

veranear en Asturias y Jarnés estuvo entonces (entre el final de los años veinte y principios de los treinta) en Grado y en la casona de Doriga. En cierta ocasión, proclamada ya la República, acudieron como curiosos, nunca como correligionarios, a un mitin del político Melquiades Álvarez en Riberas de Pravia; el corresponsal de un periódico ovetense los mencionó en su crónica del acto como «distinguidos asistentes», y a los pocos días otro periódico de la capital se hacía eco de la noticia llamando a Benjamín Jarnés y a Valentín Andrés «escritores de vanguardia y políticos de retaguardia». Para el talento literario de su compañero, narrador, ensayista y biógrafo, sensitivo y perspicaz en grado no frecuente, tenía don Valentín mucho respeto y admiración, deplorando que las circunstancias adversas —exilio, enfermedad, doloroso silencio— le hubieran impedido continuar y completar su obra y le hubieran convertido injustamente —lo que era peor desgracia— en un olvidado.

En mis conversaciones madrileñas y ovetenses con Valentín Andrés me di cuenta de la estimación que sentía por su obra literaria, no porque sobrevalorase sus méritos, cosa impensable en persona tan discreta, sino porque la rodeaba de un particular afecto; que se recordaran sus narraciones y piezas teatrales —excluía los versos del libro *Reflejos* («la verdad es que como poeta fui bastante malo») —, que se les dedicara la atención de una tesina en la Universidad Complutense, era algo que, sin desmerecer sus trabajos de tema económico, le congratulaba y que

agradecía, lo mismo que saber que el tomito de la colección «Crisol» que incluía *Tararí, Pim, pam, pum* (teatro) y la novela *Sentimental-Dancing*, aparecido en 1948, se hallaba agotado desde hacía años, como si el público lector hubiera aceptado sin dudarlo un instante la propaganda editorial que proclamaba al autor como «uno de los espíritus más sutiles y originales de nuestra época. Todo en él es inquietud, originalidad, paradoja, humor».

Mis visitas me confirmaron algo que uno sabía o sospechaba de Valentín Andrés Álvarez: su talante abierto y comprensivo, su interés o curiosidad por casi todo —de ello eran prueba fehaciente sus muchas y distintas dedicaciones: desde la mecánica celeste a la economía política—, su humor bondadoso y socarrón, su ardiente y pensado cariño a la tierra natal, renovado eficazmente en temporadas veraniegas en Doriga. Era amable, de buenas y finas maneras, y desplegaba un vivo ingenio que, acá y allá de la conversación, sorprendía al interlocutor con ocurrencias brillantes e inteligentes. Ciertamente lo que más le gustaba era conversar, como nacido y crecido en una época de tertulias y tertulianos, con santos patronos de ellas tan singulares como Unamuno, Valle-Inclán u Ortega, con tiempo por delante para perderlo gratamente y, también, con cafés amplios y prestigiados por tales reuniones. Tertuliar resultaba más fácil y menos solitario que escribir, cosa que, sin embargo, había que hacer y que él iba a hacer, empezando por sus memorias —tantas gentes y cosas que contar—, ya principiadas y paradas

(hablo de los años setenta), y quizá siguiendo después con aquellos títulos alguna vez anunciados en preparación.

El nacimiento de Valentín Andrés Álvarez ocurrió en la villa de Grado, capital del concejo asturiano del mismo nombre, el día 20 de julio de 1891, a las nueve de la mañana. En el «Apunte biográfico» que abre la edición de alguna de sus obras se complace en dar, medio en serio medio en broma, algún detalle más de carácter familiar, como que «lo primero que se vio en mí, recién nacido, fue la gran semejanza con mi abuelo materno. Yo, por de pronto, no era un ser completamente inédito. A causa de este parecido extraordinario, comprobable en las fotografías de ambos, yo puedo saber hoy cómo seré, a los sesenta años, pues tengo ya un retrato de esa edad. Pero si salí a mi abuelo en lo físico, continué a mi padre en lo moral. De él recibí mi falta de voluntad y mi carácter voltario, así como la gran afición a diversiones y viajes. Mis virtudes y mis vicios son suyos. [...] Verdaderamente yo no soy más que mi padre, quien anda por el mundo ahora disfrazado de mi abuelo». Continúa semejante rememoración señalando que a los diecisiete años terminó los estudios de bachillerato y a continuación comenzó los universitarios en Oviedo con el curso preparatorio (1906-1907) que daba paso a una cualquiera de estas tres facultades: Ciencias, Farmacia o Medicina, para, una vez concluido, matricularse en Madrid en Farmacia, primero, y en Ciencias (Física y Matemáticas), después; en 1910 sería ya licenciado en Farmacia y en 1912 en Ciencias.

Al margen de tales estudios regulares, Valentín Andrés encontraría en Madrid, tanto en los medios académicos y culturales como en otros harto diferentes, ocupación gustosa: de una parte, guiado por los consejos de su pariente, el catedrático de Historia del Derecho Laureano Díez Canseco —a quien, pasados los años, recordaría afectuosamente: «Era ciertamente un hombre extraordinario. Descuidadísimo en el vestir y en el aseo de su persona, pero de una inteligencia, una cultura y un ingenio verdaderamente excepcionales. No escribió casi nada y todo su saber se desparramó en conversaciones y tertulias. Fue un Sócrates de café. Como catedrático cumplía muy mal sus obligaciones docentes. Iba muy tarde a clase, faltaba muchísimo y no suspendía a nadie en sus exámenes; pero este malísimo catedrático era un excelentísimo maestro»¹—, acudiría a las clases del economista Antonio Flores de Lemus y a las lecciones filosóficas de José Ortega y Gasset, reciente catedrático de Metafísica en la Universidad Central: «Veo muy bien ahora, en mis recuerdos, hablando en el extremo de una larga mesa a sus oyentes de entonces [...] y al final de todos, yo, el benjamín de la clase, que por ser el último del corro estaba al lado del profesor. Comenzamos el curso con la lectura, comentada por Ortega, del *Teeteto* y luego continuamos con la *Crítica de la razón pura*. Yo era el lector, en traducciones que él corregía con el texto griego del diálogo o el alemán de Kant»². Díez Canseco le encaminó asimismo hacia el científico Blas Cabrera, que dirigía el

Laboratorio de Investigaciones Físicas, y ese contacto animó un pasajero interés por la astronomía, del cual queda muestra literaria en el relato *Telarañas en el cielo*. De otra parte, le nacería una arrebatadora entrega al baile, de la cual quedó constancia en bastantes páginas de la novela (1925) *Sentimental-Dancing* —«con la *Crítica de la razón pura* bajo el brazo, casi todas las tardes, a la salida del trabajo de Ortega, el apuesto bailarín practica su afición favorita en Maxim´s»³.

Entre 1919 y 1921 se sitúa la estancia en París de Valentín Andrés con ocasión de unos estudios importantes para su porvenir, llevados a cabo con demasiado descuido, si damos por bueno el testimonio ofrecido al respecto en *Sentimental*, para fastidio de su familia, que reiteradamente le reclama desde Madrid y comisiona en vano al tío Gonzalo para lograrlo. La casualidad ayudaría el cambio en su frívolo comportamiento el día que Valentín Andrés, «en la biblioteca de Santa Genoveva, que yo solía frecuentar, me encontré con un libro, el *Cours d'Économie Politique* de Pareto, sobre economía matemática. Lo leí con prevención y a medida que avanzaba en su lectura me sentía más interesado por aquel tratado tan raro y tan curioso, tan apasionante»⁴, cuyo repaso prende fuertemente su atención y le dirige hacia lo que, después de tanto probar y abandonar —de Valentín Andrés dejó dicho Ortega aquello de que «es el hombre que siempre está dejando de ser algo»—, constituiría una segura y definitiva dedicación.

De vuelta a España, instalado en Madrid, a la altura de 1925, Valentín Andrés, que años antes había publicado *Reflejos*, un libro de versos que situaríamos en el posmodernismo y que pasó sin mayor gloria —«la verdad es que como poeta fui bastante malo», le confesaba a un entrevistador⁵—, estableció relación con el mundillo literario, centrado especialmente en la tertulia que se reunía en el café Pombo, a cuyo patriarca, Ramón Gómez de la Serna, había conocido en la tertulia de Ortega —no creo que haya habido nunca una tertulia tan absurda, tan pintoresca y tan divertida como aquella. Entre los asistentes había locos pacíficos, inventores, poetas épicos, líricos y entreverados y, por supuesto, ingeniosos reventadores de todo»⁶ —. Hemos de añadir la influencia ramoniana —su novedoso tratamiento de humor, tan lejos del hasta entonces habitual entre nosotros— como decisiva en la literatura narrativa y teatral que escribiría nuestro autor, afecto a la llamada vanguardia —dadaísmo, creacionismo, surrealismo, por ejemplo— que hizo su irrupción como una consecuencia más del cambio que supusieron acontecimientos como la guerra del 14.⁷ Muestra temprana de semejante adscripción fue su colaboración en la revista *Plural*, que apareció en enero de 1925, dirigida por el poeta ultraísta César A. Comet y, como tantas otras congéneres, de breve vida (sólo tres números): «Se singularizaba únicamente [En opinión de uno de sus fautores⁸] por el estreno en sus páginas de dos prosistas novelescos — Benjamín Jarnés y Valentín Andrés Álvarez—,

inmediatamente después incorporados a la *Revista de Occidente*; la incorporación de Mauricio Bacarisse y de un crítico musical, César M. Arconada». Se ensancharía por entonces el círculo de sus amistades literarias y tendría ocasión de conocer a gentes como García Lorca, recibido por él en su casona de Doriga cuando en 1932 estuvo en Asturias al frente de La Barraca. Por ella pasarían antes y después otros colegas y amigos: Benjamín Jarnés, Guillermo de Torre, Antonio de Obregón o Manuel Azaña, cuya candidatura para presidir el Ateneo de Madrid contó con su apoyo. Dámaso Alonso recordaría más tarde: «He sido un admirador de Valentín Andrés Álvarez desde hace muchos años. Trabajó muy activamente en la literatura en aquella época y en aquel ámbito de la generación del 27. Yo fui uno de los que asistieron al estreno de su *Tararí*, uno de los que conocieron sus versos, sus publicaciones en prosa, sus ensayos novelescos. Mi contacto con él ha sido interrumpido muchas veces por lapsos de tiempo pero siempre, de vez en cuando, nos hemos encontrado y nos hemos dado un fraternal, un cariñoso abrazo». El aludido estreno fue un éxito rotundo y consagró en cierto modo, de cara a un público más amplio que el que hasta entonces le había leído en, por ejemplo, la *Revista de Occidente*, su nombre de escritor, hecho corroborado por la colaboración periodística mantenida en diarios como el madrileño *La Voz* y el ovetense *La voz de Asturias*⁹.

Pero semejante situación hubo de romperse para Valentín Andrés por el estallido de la guerra civil, que le sorprendió en la localidad leonesa de Pola de Gordón cuando se ocupaba de sus estudios de economía con miras a una cátedra universitaria; las vicisitudes de estos años españoles tan difíciles —pongamos entre 1930 y 1940— «las he enterrado en la fosa común del olvido», pero sabemos que hubo, terminada la contienda, un expediente de depuración y que el juez instructor, Nicolás Ramiro Nico, fue comprensivo con aquel auténtico liberal denunciado, correligionario en tiempos del reformista; Melquiades Álvarez: la denuncia se solventó sin condena. Comenzaría enseguida una nueva etapa en su existencia, marcada por el signo de la dedicación académica y universitaria; varias referencias, ordenadas cronológicamente, informan de ella. (Signo distinto al científico que va a ocuparnos, tienen, por ejemplo, un estreno teatral, el de la comedia *Pim, pam, pum* (1946), y la lectura pública de la titulada *Abelardo y Eloísa, sociedad limitada*, además de esporádicas colaboraciones periodísticas).

1942 (mes de julio) es el año de entrada de Valentín Andrés en la corporación universitaria como catedrático de Economía Política en la Universidad de Oviedo. En 1979 (*Asturias*, Oviedo, 17 de junio, pág. 16) revelaba respecto a sus estudios preparatorios de la cátedra universitaria: «Yo tenía una ilusión y era la de ser catedrático de la Universidad de Oviedo. A lo que me dedicaba por pura afición era a la economía política y en el año 30 se jubiló

[Isaac] Garcerán, que era profesor en Oviedo, y pensé que era el momento. Lo dejé todo para preparar esas oposiciones y me dije que en un par de años o tres saldrían. Pues bueno, no salieron hasta el 41. De manera que estuve once años estudiando economía y nada más que economía para ir a la cátedra de Oviedo». Ahí permanecería el curso completo 1942-1943 y sólo el primer trimestre del siguiente, cuando, en comisión de servicio, pasó a Madrid, docente en la recién creada Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, que poco después se desdoblaría en «Políticas» y «Económicas», asiento suyo esta última pues en noviembre de 1945 obtuvo por oposición la cátedra de Teoría Económica de la misma. Algunos de sus colegas le ayudaron a abrirse paso en medio de un clima de posguerra española que ideológicamente le era más bien desfavorable; por ejemplo, fue Ramón Carande quien le llevó a trabajar en el Instituto de Estudios Políticos, creación del nuevo régimen, y de acá y allá surgirían invitaciones y llamadas, como la propuesta, en febrero de 1948, para ocupar en la Academia de Ciencias Morales y Políticas la vacante (medalla número 10) de don José Manuel Pedregal y Sánchez Calvo; en 1952 leyó el ritual discurso de ingreso, titulado «Naturaleza, sociedad y economía». Dentro de la nueva facultad, en la que se jubiló siendo su decano, le fue encomendado el discurso de apertura del curso 1961-1962, y cosa por el estilo le sucedería años más tarde (1965), especialmente invitado para hacerlo en la inauguración de la facultad

ovetense de Económicas, disertando sobre «El tránsito de la economía tradicional a la moderna».

Doctor *honoris causa* por la Universidad de Oviedo (1979) e hijo predilecto de Grado y de Asturias entre otros reconocimientos, añadamos el respeto, rayano en veneración, que le profesaban sus alumnos, en nombre de los cuales se pronuncia Juan Velarde Fuertes con las siguientes palabras: «A Valentín Andrés Álvarez le repugnó [...] el constituir camarillas de discípulos que después resultan promocionados hacia diversos lugares de la docencia. No cerró jamás las puertas a nadie [...]. No tuvo jamás celos de los éxitos de otras cátedras [...]. Las clases eran realmente prodigiosas»¹⁰.

Con la jubilación cobró Valentín Andrés mayor apego a la vida tranquila y al retiro placentero que le brindaban sus estancias en la casona de Doriga, cada vez más largas y demoradas, donde le visitó en 1975 el periodista Julio Ruymal, a quien declararí­a: «Llevo una vida tan recogida y me atraen tanto los libros que no echo de menos cosa alguna, ni la cátedra, ni los alumnos, ni la política, ni aquellas tertulias del Madrid de antaño cuando Madrid era todavía como una ciudad provinciana tranquila. Me refugio en la casona. La vida en la aldea es deliciosa. Vine en el mes de julio y no volveré a Madrid hasta noviembre. Ahora casi me paso todo el año aquí»¹¹.

Fue en una de esas prolongadas estancias asturianas cuando, a los noventa y un año, le llegó la muerte, ocurrida en Oviedo el 21 de septiembre de 1982, día en que esta

ciudad celebra la fiesta de su patrono san Mateo: problemas cardiovasculares, consecuencia de una rotura de cadera, fueron la causa.

VALENTÍN ANDRÉS, ENSAYISTA

La estrecha relación de maestro a discípulo habida entre Ortega y Valentín Andrés, respecto de la cual quedan consignados algunos pormenores en el capítulo biográfico precedente, se afianza con el cultivo del género del ensayo por uno y otro. Prescindo de los trabajos de asunto económico debidos a nuestro escritor en los cuales, contrariamente a la conocida definición orteguiana, predomina claramente la llamada *prueba explícita* sobre otros rasgos distintivos, y solamente me ocuparé de aquellos donde destacan los siguientes: una menor extensión, pues lo que pretende el ensayista (como apunta José Luis Gómez-Martínez) «es sólo abrir nuevos caminos e incitar a su continuación»; su «carácter sugeridor e interpretativo» o, con otras palabras (también de Gómez-Martínez), «el poder de las intuiciones que se vislumbren y de las sugerencias capaces de despertar en el lector»; el «carácter confesional», esto es, que lo que llamaríamos la personalidad íntima del autor animara sus palabras; intención dialogal o propósito de entablar una comunicación efectiva con los lectores; carencia de una estructura fijada de antemano, lo cual no quiere decir que no posea un orden

lógico y sistemático sino que dicha comunicación progresa merced a intuiciones y asociaciones diversas; variedad temática que responde a la multiforme realidad ofrecida a la consideración del ensayista, y, finalmente, la denominada voluntad de estilo, pues el ensayo es una obra de arte y no un tratado científico y el autor debe ser consciente de que el lector espera de su escritura una apreciable calidad estética. La marcha del género en nuestras letras ha sido revisada en algunos de sus nombres cimeros por Juan Marichal en *La voluntad de estilo* (Barcelona, Seix Barral, 1957), estudio que se cierra con Américo Castro y Pedro Salinas, inteligente repaso donde queda de manifiesto la importancia de la obra ensayística de Ortega y Gasset, cuyo ejemplo más notorio tal vez sea *El Espectador*.

La publicación en 1931 a cargo de la editorial Espasa Calpe del libro colectivo *Las 7 virtudes* constituye una muestra fehaciente de lo que José López Rubio llamó en su discurso de ingreso en la Academia de la Lengua «la otra generación del 27», que en este caso reúne a Antonio Espina, Benjamín Jarnés, César Arconada, José Díaz Fernández, Valentín Andrés Álvarez, Antonio Botín Polanco y Ramón Gómez de la Serna, nacidos en la última década del siglo XIX y, en algún aspecto de su obra literaria, seguidores no serviles de Ramón Gómez de la Serna, a quien, con sobrado motivo para ello, presentaba Jarnés en la «Antesala» que hace de prólogo del volumen como «el monstruo de cien pupilas por quien las cosas se abren las

entrañas hasta la crueldad, hasta la revelación de su intestino más delgado y de su arteria más imperceptible [...], cardenal por derecho propio en todo grande o pequeño cónclave literario». Diríamos que quienes figuran en el mismo son en ese momento escritores de vanguardia, si bien su lista no se agota en esos siete nombres. A nuestro autor lo presenta Jarnés, que era uno de sus colegas más dilectos, del modo siguiente: «Amigo de jugar con los muy locos [alusión al asunto de la comedia *Tararí*] y de estudiar con los muy cuerdos. Lo mismo escribe *Tararí* que acabará de escribir —¿cuándo?— *Los siglos de España* [proyecto del que no poseemos más noticias]. Como ve *Telarañas en el cielo* [título de un relato que había visto la luz en *Revista de Occidente*], puede ver también la más ligera arruga en la honestidad de su predilecta dama [que lo fue *La templanza*¹²]». Parece ser que estamos ante una réplica española a un libro francés, *Les 7 pechés capitaux*, obra también colectiva, fruto de la colaboración de otros tantos ingenios entre los que destacaban Jean Giraudoux y Paul Morand; el conjunto francés y el español daban como resultado «un libro curioso y divertido».

A diferencia de los compañeros de volumen, claramente inclinados en su colaboración hacia el relato de sucesos imaginarios que tuviesen algo que ver con la virtud que les había correspondido como protagonista —el caso más notorio al respecto tal vez sea *La largueza*, de Díaz Fernández—, Valentín Andrés se complace en ofrecer una canónica y sistemática divagación sobre la Templanza en

cuanto «virtud moderadora de los impulsos animales» del ser humano, y para mejor asentar sus opiniones echa mano de cuanto le dicta un afilado sentido común, ayudado por la experiencia, y una atenta capacidad de observación junto con otros más doctos saberes, como la teología que nombra y define con precisión la naturaleza de los goces sensuales, cuatro en total, que la Templanza, su contraria, ha de corregir. Semejante seriedad, que caracteriza el tono expresivo utilizado en las treinta y cuatro páginas de que consta la colaboración, se rompe por la intercalación de historias como la protagonizada por un fraile y un vendedor ambulante que conversan camino de un innominado pueblo en fiestas; o por dos borrachos, amigos ocasionales; o por la pareja que forman un pescador de río y un cazador, las cuales constituyen, a modo de otro ámbito distinto, una especie de ruptura. Otra ruptura es provocada por las ocurrencias, no poco sorprendentes y presididas por el humor, tan familiares para sus lectores, en que se complace Valentín Andrés y que acá y allá matizan el texto, como sucede con el pesaje en báscula del pecador obeso a causa de la gula: «El acto de pesarse tiene el valor de un examen de conciencia. Se pesa el cuerpo y el alma». Y como al margen del núcleo argumental, la siguiente derivación económica contenida en estas cuatro líneas: «No sólo por interés individual se impone la Templanza. Lo que come uno de más, lo come alguien de menos. Esta virtud nos estrecha entre la economía orgánica y la economía política».

A lo dicho en este apartado sobre la prosa ensayística de asunto no económico obra de Valentín Andrés Álvarez debe añadirse una referencia a sus colaboraciones periodísticas; fue el profesor Alfonso Sánchez Hormigo quien reparó en ellas, insertas en el diario madrileño *La Voz* —año 1934—, como primera época de esa actividad, y en el también diario madrileño *Informaciones* —año 1948—, segunda y última época.

Algo de lo que deparaba la actualidad inmediata constituía una variada e importante fuente suministradora de asuntos, tal como atestiguan los artículos exhumados por Sánchez Hormigo¹³: los concursos de belleza femenina para elegir las *misses* nacionales o locales organizados en la primavera de 1934 («Primavera l y lírico»), el campeonato mundial de fútbol que estaba celebrándose en Italia («Zamora, el Gran Capitán»), las expediciones domingueras de jóvenes uniformados por motivos políticos («Buenos trabajadores y buenos holgazanes») o la época de los exámenes estudiantiles («Estudiantina desafinada») son algunas muestras al respecto. Asuntos estos, al igual que todos los abordados por el articulista, cuyo tratamiento está presidido en buena parte por el humor, lo cual no es incompatible con la seriedad empleada en otros momentos dado que veían la luz en una sección titulada «En serio y en broma»; cuando esta última hace acto de presencia el tono ramoniano del contenido y de la expresión resultan claros: en «Vagos de afición» cabría hablar de una especie de respaldo noventayochista al lado del toque humorístico.

Perteneciente a su época de madurez, sostenida por su condición académica y universitaria, vio la luz en 1955 una edición del *Informe sobre la Ley Agraria*, debido a Gaspar Melchor de Jovellanos (Madrid, Instituto de Estudios Políticos, colección Civitas, 1955), dispuesta por Valentín Andrés y cuya introducción desborda el tema económico propiamente dicho para convertirse en un acertado ensayo sobre la personalidad de su famoso conterráneo, tan diversamente traído y llevado en sus días y en tiempos posteriores. Valentín Andrés se sitúa al respecto más de acuerdo con Menéndez Pelayo —que le había considerado como «el español más honrado e ilustre del siglo XVIII» o había vindicado (en el tomo V de los *Heterodoxos*) su religiosidad para concluir que se trataba de «un alma heroica y hermosísima»— que de quienes le habían fustigado por sospechoso de afrancesamiento. A su juicio, el ilustrado gijonés, situado en una España convulsa donde primaban las posturas extremas, acertó a alcanzar «los puntos de equilibrio justo» y, de acuerdo con ellos, fue «rectilínea» la trayectoria de su vida y obra. Su ideología, expuesta siempre con «belleza y claridad», fue muestra de «gran seriedad, buen sentido y gran inteligencia» y consigue aunar «las tradiciones de su patria y las ideas de su tiempo», presidido el proceso por un patriotismo de la mejor ley, pues «desechaba con igual fuerza todo lo que en la tradición dificultaba la marcha del progreso y todo lo que en el progreso desvirtuaba el espíritu de la tradición». Se interesó Jovellanos por diversas y numerosas cuestiones,

por lo que debe estimársele poseedor de un espíritu enciclopédico «sin ser enciclopedista»: historiador, jurisconsulto, legislador, pedagogo, literato, y en todo destacaría: «Tan extenso y vario era su saber que con el mismo acierto aconsejaba sobre leyes a un alcalde de Corte como sobre cultivos a un trabajador del campo».

Referida a un tiempo más próximo, del que fue espectador, está la biografía de su paisano y amigo Fernando Vela, escrita después de la muerte repentina de este en Llanes (Asturias) en el verano de 1966 y publicada con el título «Fernando Vela y su tiempo» en el diario ovetense *La Nueva España* (20 y 27 de septiembre de 1974). En dicha colaboración resulta evidente un puntual conocimiento de la personalidad del biografiado, así como la estimación que por él sentía su biógrafo.

Oviedo, Gijón y Madrid son los escenarios donde transcurrió la existencia de Vela, y buena parte del siglo xx más los últimos años del xix (había nacido en 1888) el tiempo de la misma, en cuya marcha deben considerarse acontecimientos externos de muy diversa naturaleza, ya que se produjeron, tanto en España como fuera de ella, «cambios radicales y rápidos [que] trastornaron profundamente un estado de cosas que tenía ya larga historia», los cuales fueron motivo de que se rompiera la continuidad histórica hasta entonces vigente, mutación que Valentín Andrés, ingenioso según acostumbraba, hace representar por el paso en la casa familiar del quinqué a la bombilla: «Sobre la mesa del comedor estaba aún el

quinqué apagado, y apagado para siempre, la noche anterior, pues en aquella se encendió por vez primera la bombilla eléctrica [...]. El quinqué, la luz que hace uno mismo en su casa, es individualismo puro, mientras que la bombilla nos enchufó a todos a una central». Fue en 1903 o 1904 cuando Vela y Valentín Andrés se conocieron durante un partido de fútbol entre jóvenes aficionados de Grado y Oviedo. Años más tarde (1914) comenzaría la primera guerra europea, suceso que avivó los cambios que venían incubándose y que «abrieron, ciertamente, un nuevo ciclo histórico», paralelo al producido en el ámbito personal de Ortega y Vela, quienes se conocieron entonces en Gijón y prosiguieron e intensificaron su relación a partir de 1920, cuando Vela se traslada a Madrid, a la Dirección General de Aduanas, y, convertido en su colaborador y fiel amigo, comienza a participar en algunas de sus empresas periodísticas y culturales y establece contacto directo con los literatos jóvenes que empezaban su carrera: «Fernando Vela, espíritu alerta [...], se dio pronto cuenta de los valores positivos que aportaban a la poesía y a la prosa *los nuevos* y comprendió lo que había en aquellas extravagancias de valor verdadero [...], lo que pasaría y lo que quedaría».

Difíciles años en España los inmediatos a 1936, de guerra civil y primera posguerra, durante los cuales Vela, que seguiría trabajando empeñadamente, rechazó atractivos ofrecimientos, corrió serios peligros, se exilió de algún modo en Tánger y, más tarde, considerándose sólo un superviviente, se retiró de la vida cultural más pública. De

tales vicisitudes hasta su muerte informa circunstanciadamente Valentín Andrés, que cierra la semblanza del amigo y colega echando mano de «una narración de Gerardo Diego titulada “Cuadrante”, en la que se contaba cómo en una partida de ajedrez las piezas “comidas” pasaban del juego vivo a otro mundo, al otro mundo. Los humanos no somos más que las piezas de una gran partida que juega el destino y así, aquella tarde, mientras Vela jugaba la suya, el destino le dio jaque mate».

Guía espiritual de Asturias es uno de los textos ensayísticos de Valentín Andrés más conocidos y elogiados: las siguientes palabras del también ensayista asturiano Juan Cueto Alas lo prueban: «Son una verdadera delicia literaria estas páginas [...]. Es una de esas raras prosas felices que a cada lectura levanta nuevas ideas». Unos cuantos aspectos de la realidad que es Asturias —históricos, geográficos, económicos, costumbristas...— hacen acto de presencia en ellas, considerados entrañable y amorosamente, agrupados en doce capítulos más bien breves a los que acompaña como remate una «meditación» relativa al tiempo futuro — el que vendría después de 1980, su fecha de composición.

El repaso comienza con el aspecto titulado «El alma mater», que, sorprendentemente, no es la Universidad de Oviedo sino las montañas de Asturias, pues «ellas dieron a los asturianos muchos rasgos de su carácter», lo que lleva a mencionar «el llano», su opuesto natural como opuestas son Asturias y Castilla, realidades en cuya consideración se

complace: cada una de ambas tierras está representada de manera simbólica por la casona (Asturias) y el castillo (Castilla), símbolos que el paso del tiempo no ha podido hacer desaparecer.

Valentín Andrés pone atención en el recuento efectuado no sólo en lo «memorable y grandioso» sino también en «lo pequeño y vivo», y le sirven de apoyo para su elucubración tanto lo adelantado por doctos varones como Adam Smith, Friedrich Nietzsche o Claudio Sánchez Albornoz como gentes de la tierra cuyos hechos y dichos trae a cuento a manera de citas oportunas; los llamados en Asturias «americanos» o «indianos» (capítulo vi) muy sobresalientemente, aunque extraña la falta siquiera de unas líneas ensalzadoras de su labor respecto a la fundación de escuelas, tan encomiada por el noventayochista Luis Bello en el libro *Viaje por las escuelas de España*. Al paso de la lectura advierto dos coincidencias —capítulo iii, «Economía estética», y capítulo ii, «El imperio astur»— con textos literarios suyos anteriores y ahora resumidos, a saber: la idea de la utilización comercial de la belleza del paisaje o «Economía estética», explanada más extensamente en la novela de 1930 *Nafragio en la sombra*, y el minirrelato (dada su brevedad) de una historia que es núcleo argumental de la comedia *Abelardo y Eloísa, sociedad limitada*, tal como si se tratara de recurrencias de pensamiento a través de los años.

Lo que sí recurre en la expresión es el gusto de Valentín Andrés por la ocurrencia ingeniosa y por el uso del contraste cualquiera sea el asunto de uno y otro procedimiento: la

cueva de la Santina en Covadonga (capítulo II, primer caso) o la continuada serie de diferencias entre Oviedo y Gijón (capítulo VIII, segundo caso).

VALENTÍN ANDRÉS, NARRADOR

Puede afirmarse que la dedicación narrativa de Valentín Andrés Álvarez comienza como autor de relatos breves anteriores en fecha de publicación a sus narraciones más extensas o novelas; conozco dos cuentos, titulados «La Garbosa» (*Región*, Oviedo, núm. 79, 23 de octubre de 1923) y «La muerte no usa guadaña» (*Verba*, Gijón, 1926), que corresponden a ese comienzo. En el primero, la protagonista es una vaca llamada Garbosa, orgullo de su dueño, distinguida entre sus congéneres por su «hermosa estampa», «aquel finísimo pelo blanco y limpio como la nieve, donde unas caprichosas manchas negras destacaban sus irregulares contornos»; era, además, fuente de trabajo —tiraba, por ejemplo, del carro y del arado— y de riqueza —daba leche para la familia y «para hacer aquellas mantecas tan preciadas» con cuya venta «se obtenía el único dinero contante que entraba en la casa»; y, más todavía, era el blando cariño protector de los huérfanos del aldeano sobre quien había caído tiempo atrás el infortunio de la viudez. Es claro que guarda este cuento algún parecido con el *Adiós, Cordera* clariniano sin que haya de establecerse entre ambos más comparación que la derivada del tono

sentimental que los preside, unos breves toques de ambiente rural asturiano y una narración llevada por sus pasos contados —tres breves apartados o capitulillos lo integran— hacia un desenlace difícil donde prima el recuerdo —la voluntad— de la difunta Rosa.

El segundo relato, menos sentimental y más ingenioso que su compañero, queda más próximo a la literatura cultivada en adelante por su autor, situada la acción en un paisaje rural innominado y a cargo de un médico muy singular a quien sus temerosos pacientes pueblerinos burlan finalmente.

Telarañas en el cielo, que viene cronológicamente tiempo después, representa ya una modalidad narrativa distinta y más al día y alude a una de las varias probaturas de Valentín Andrés en busca de un rumbo seguro en su existencia: el acercamiento, aconsejado por su pariente don Laureano Díez Canseco, talentoso y pintoresco individuo, al Laboratorio de Investigaciones establecido en un edificio del Hipódromo donde, en compañía del personal científico que allí trabajaba, se aposentaba (a la izquierda del mismo) un Tercio de la Guardia Civil. La astronomía surgió entonces como nuevo y atrayente camino del autor, pues el trato con los astros podría colmar sus apetencias tal como le ocurriría al anónimo protagonista del relato, publicado en *Revista de Occidente* poco más tarde de la aparición de *Sentimental-Dancing*. El motivo de la estancia del autor en París, aconsejado por el catedrático Blas Cabrera, no fue otro que estudiar astronomía y especializarse en mecánica celeste,